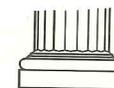


Santiago López Moreda
Julio Gómez Santa Cruz (eds.)

IDEAS

“De Prometeo al siglo XX
Un viaje por el legado clásico”



EDICIONES CLÁSICAS
MADRID

À medida que a desumanidade de Clitemnestra cresce no contexto da dramatização do mito, ligada à morte de Agamémnon e à conivência com Egisto quanto à perseguição dos filhos, cresce a revolta de Electra e, com ela, um sentido para o vigor da amargura e do ódio da filha de Agamémnon, envolta na contradição dos dois referentes naturais – o paterno, que assume, e o materno, que rejeita, mas com que deixa traçar afinidades comportamentais. No momento em que Clitemnestra é caracterizada com uma crueldade a que se misturam traços de fraqueza humana e contradições de afectos, que quase atraem sobre ela comiseração²⁹, a polarização de Electra pela vingança e a fixação nas vicissitudes do seu destino sobrepõem a dureza dos seus traços à da própria Clitemnestra, acentuando o carácter monstruoso do matricídio. Talvez Eurípides quisesse insinuar que Homero tinha razão – basta, ao mito, a vingança sobre Egisto.

A ‘libertação’ de Electra, no contexto que foi configurando o mito dramatizado, e que há-de determinar a própria recepção do mito no teatro ocidental, é sempre feita num círculo de morte, habitado por fantasmas, a que o de Clitemnestra virá acrescentar um preço demasiado elevado.

²⁹ J. V. Bañuls – P. Crespo, “Electra, la tejedora de destinos” in: F. De Martino – c- Morenilla (eds.), *L’ordim de la llar*, pp. 106 sqq. chamam a atenção para a complexidade das figuras na tragédia de Eurípides: uma Clitemnestra com rasgos de insegurança e humanidade, mais próxima da de Ésquilo que da de Sófocles, mas com menos grandeza, um Orestes inseguro e dominado por Electra, uma Electra aparentemente enérgica, como a de Sófocles, mas, finalmente, revelando as suas inseguranças.

LA LITERATURA LATINA DE VIAJES DE PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA CON ESPECIAL REFERENCIA AL CASO DE HISPANIA.*

Vitalino VALCÁRCEL
Universidad del País Vasco - E.H.U.

Este trabajo surgió inicialmente como conferencia inserta en un ciclo sobre literatura de viajes celebrado en Mérida en julio del 2005. Después fue completado pero, obviamente, su estructura conserva en buena medida aquel planteamiento inicial. Efectivamente, como entonces, el trabajo aquí desarrollado se articula en tres apartados. En el primero de ellos, bien explicable en aquella circunstancia, versamos sobre la literatura de viajes en general, su circunstancia histórica (en la Tardía Antigüedad y la Edad Media) y la discusión acerca de su naturaleza literaria. En el segundo realizamos un examen histórico, filológico y literario de la mayor parte de las obras latinas de la Tardía Antigüedad y la Alta Edad Media que tienen por objeto la peregrinación a Tierra Santa. Y en el tercero y último de los apartados examinamos las obras de esta literatura producidas en Hispania así como la síntesis de lo que acerca de la vinculación con el territorio hispano (manuscritos, noticias sobre las obras, etc...) se ha ido señalando a lo largo de la exposición sobre las obras no hispanas.

Así pues comencemos por la pregunta (la cual, si no fuera por la circunstancia ya explicada, podría parecer previa a la cuestión tratada) de por qué viaja la gente. La respuesta, obviamente, es múltiple, pero hay algunas causas más generales. La primera y principal es seguramente la de la curiosidad intelectual. La mayoría de nosotros, cuando viajamos, lo hacemos con la esperanza de enriquecer nuestra experiencia vital. Se podría pues decir que, en el fondo, se trata de una curiosidad intelectual. El problema es que cuanto más fácil resulta viajar, físicamente hablando, menor es la recompensa que se obtiene en el nivel espiritual. Ciertamente nuestros viajes turísticos de hoy en día pueden resultar divertidos pero son escasamente

* Queremos dedicar este trabajo a D. J. M^a Fernández Catón, ex-archivero de la Catedral de León, Director del Archivo Histórico y Biblioteca Diocesana de la Diócesis leonesa desde hace muchos años, fundador y director de esa ingente empresa que es la colección “Fuentes y Estudios de la Historia Leonesa”, y por todo ello, pero no solo por ello, personaje clave en el mundo de la cultura leonesa de los últimos decenios. Sirva la dedicación de este trabajo como muestra de mi gratitud y aprecio a su persona, uniéndome así de algún modo al homenaje que con todo merecimiento recibí en 2004, fruto del cual son los dos hermosos vols. del n.º 100 de la colección arriba citada.

enriquecedores desde el punto de vista cultural, no interviniendo, en gran medida, la curiosidad intelectual porque apenas se rozan algunos aspectos del patrimonio histórico-artístico de los países visitados, olvidando por supuesto todas las demás facetas: antropológicas, etnográficas, religiosas, culturales y, por supuesto, el intento de aprehensión de las mismas. Pero obviamente tales viajes no dan origen a literatura, no provocan ni inspiran por lo general “relatos de viajes” dignos de pasar a la historia de la literatura.

Por ello, cuando nosotros hablamos de viajes medievales y su literatura, nos referimos, claro está, a otra clase de viajes. Nos referimos a viajes que nacen de impulsos profundos del viajero y que son más personales y humanamente más enriquecedores; éstos sí han dado lugar a literatura, luego veremos de qué clase.

Hablando de la Tardía Antigüedad y de la Edad Media podemos ahora preguntarnos cuánto se viajaba. Lo primero que toca es desmentir una vez más, y como hace L. Minervini¹, una idea antes extendida como lugar común: la de que, en contraste con una gran movilidad en el mundo romano, recorrido por una amplia y eficiente red de calzadas, y con una seguridad garantizada en gran medida, el mundo medieval se había caracterizado por el sedentarismo. Sin embargo, la realidad es que en la Edad Media, y aunque las condiciones fueran difíciles y peligrosas, se viajaba mucho, sobre todo a partir del siglo XI. En efecto, peregrinos, soldados, mercaderes, misioneros, estudiosos, embajadores, huidos, exiliados, exploradores, navegantes, todo un conjunto, amplio como se ve, se mueve, ciertamente por razones diversas, unas veces por necesidad y otras por deseo de alejarse, por un periodo más o menos largo, de la vida cotidiana y ver otra realidad.

Pues bien, *esos viajes ¿a qué literatura han dado lugar?* Es claro que a la experiencia del viaje ha seguido con frecuencia el deseo de contarlo y de ponerlo por escrito. Y la literatura a que ha dado lugar ese deseo de contar el viaje², como señalara J. Richard en un pequeño libro pero ya clásico³, ha sido una literatura extraordinariamente variada y difícil de encasillar pues en ella pueden encuadrarse las guías hechas para uso de viajeros, peregrinos y mercaderes (como los primitivos “Itinerarios” y Descripciones de Tierra Santa); los relatos de viajeros de todas aquellas clases, arriba citadas, sobre sus viajes reales, los informes de embajadas civiles o religiosas (como las relaciones de las Embajadas a Mongolia de los franciscanos Juan de Plancarpin y Guillermo de Rubruck en 1245 y 1253 respectivamente); los relatos de exploradores y aventureros, como el Libro de Marco Polo (finales del s. XIII en su primera redacción), que son obras de marcado carácter geográfico; los relatos de expediciones militares; y también podemos añadir los relatos de viajes imaginarios como el libro de “Las Maravillas del Mundo” de John de Mandeville (o, españolizado, Juan de Mandevilla). Incluso podría verse como literatura de viajes indirecta toda una serie de obras literarias que pertenecen a determinados géneros literarios bien definidos pero que, de un modo u otro, tienen

¹ Cfr. L. Minervini, “La letteratura di viaggio” en el libro *La Letteratura romanza medievale, a cura di Costanzo di Gerolamo*, Bologna, 1994, en concreto p.297.

² Llamada literatura odepórica (del griego ὀδὸς πόντος, ὀδός = camino, viaje; odepórico = relativo al viaje).

³ Cfr. J. Richard, *Les récits de voyages et de pèlerinages*, Turnhout, 1981, p. 8.

como ingrediente el viaje. Así, podemos pensar primeramente en la literatura epistolar, por ejemplo, en aquellas cartas que entre otras cosas cuentan algunas experiencias de un viaje y que en ocasiones pueden ser piezas muy parecidas al “libro de viajes”, aunque sean más breves que éste. Tal las cartas de Jacques de Vitry (1160/1170 – 1240) redactadas durante su estancia en la Siria de los Francos. Podemos pensar igualmente en la literatura biográfica y autobiográfica (autobiografías, memorias, diarios) e incluso en la literatura épica: recordemos, sin más, el peregrinar del Ulises de la Odisea de Homero o El Cid de la primera parte del poema, en la cual se nos presenta al héroe castellano dirigiéndose, desterrado, de Castilla a Valencia; y hasta podemos pensar en la novela: recordemos nuestro Quijote, justamente apodado “caballero andante”, aunque su itinerario sea ficticio⁴.

Pero una cosa es que el viaje esté presente en multitud de obras que atribuimos a géneros literarios diferentes y otra el que la escritura que se propone dar cuenta de un viaje suponga ya una obra literaria “per se”, es decir, un relato o “libro de viaje”, con entidad propia dentro de los géneros literarios.

Además en la delimitación del género literario de relatos de viajes hay que comenzar por una cuestión previa, la de discutir *si tales relatos, eminentemente informativos y en los que la función referencial es prioritaria, pueden entenderse como “literatura”*.

Evidentemente, todo depende de lo que entendamos por literatura. Si por literatura, en la Edad Media, se entiende todo lo escrito, entonces la respuesta, positiva, es clara; pero, puesto que, como bien señala E. Popeanga⁵, el discurso de estos relatos no alude a la historia convertida en mito, ni está dramatizado, ni su mundo es ficticio, entonces se entiende que su literariedad haya sido discutida. Sin embargo nosotros creemos, con la mayor parte de la crítica actual, que muchos de los textos medievales (en latín o en lenguas romances) dedicados a dar cuenta de viajes, pueden entrar en la categoría de literatura. En efecto, como bien dice un gran estudioso de la literatura de viajes, F. López Estrada, a propósito del libro de viajes “Embajada a Tamorlán”, “el esfuerzo por contar ordenadamente los sucesos del viaje implica una disciplina a la que se puede adjudicar la condición de literaria tanto en la redacción como en su aprecio por los lectores (u oyentes) de la obra”⁶. Pero es que no sólo se da ese mínimo de voluntad artística. Además tenemos una serie de características o procedimientos constructivos que harán de muchos de esos textos un “tipo” de literatura, el llamado “relato de viajes”⁷. Esos procedimientos serían: a) el relato se articula sobre el trazado y recorrido de un itinerario concreto; b) a ese trazado se superpone un orden cronológico que da cuenta del desarrollo del viaje; c) los núcleos del relato son las descripciones de

⁴ Los ejemplos del Poema del Mio Cid y del Quijote los aduce ya F. López Estrada, *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid, 2003, p.14.

⁵ Cfr. E. Popeanga, «Lectura e investigación de los libros de viajes medievales», en *Los libros de viajes en el mundo románico*, Anejo I (1991) de la Revista de Filología Románica, p. 15.

⁶ F. López Estrada, “Viajeros castellanos a Oriente en el S. XV”, en *Viajes y viajeros en la España medieval*. Actas del V Curso de Cultura Medieval celebrado en Aguilar de Campóo (Palencia) del 20 al 23 de septiembre de 2003, Aguilar de Campóo – Madrid, 1997, p. 61-81, en concreto p.65.

⁷ Para la descripción de estas características me baso en los trabajos de: M.A. Pérez Priego, “Estudio literario de los libros de viajes medievales”, *EPOS*, 1, 1984, p.217-239; S.M. Carrizo Rueda, *Poética del relato de viajes*, Kassel, 1997, especialmente p.5-13, y L. Minervini, *art. cit.*, p. 298.

desarrollo del viaje; c) los núcleos del relato son las descripciones de lugares y ciudades; d) abundan las digresiones, sobre todo, las que se refieren a "mirabilia", y e) en esta clase de obras las circunstancias del viaje (descripciones geográficas, noticias, informaciones) dominan claramente sobre la experiencia personal y protagónica del viajero. De todo ello podemos concluir que los relatos de viaje constituyen un tipo de discurso narrativo-descriptivo en el que la segunda función absorbe a la primera, aún en los momentos en que se narran aventuras del viajero ya que éstas no empujan al lector-receptor de la obra hacia la averiguación del desenlace.

De otro lado, la narración en estos textos suele ser lineal y continuada y es protagonizada por un solo personaje, individual o colectivo, real o fingido y que con frecuencia es el propio narrador de la historia. Identidad, por cierto, entre protagonista del viaje y narrador del mismo que por lo general impone el uso de la primera persona en la presentación del relato. Y algunos de los procedimientos estilísticos y prácticas retóricas propias de la escritura de estas obras son los apóstrofes al lector, la descripción por acumulación de detalles, la comparación desconocido – conocido, el uso de fórmulas aseverativas que reclaman la veracidad del viajero-narrador, las estructuras polisindetónicas (... y ... y) y la inclusión de términos léxicos exóticos.

* * *

Hasta aquí del viaje en general y de la literatura a que ha dado lugar. Vayamos ahora con *el viaje específicamente de peregrinación*.

¿Qué es la peregrinación? ¿Qué viajero puede ser llamado "peregrino"? Viajero significa, sin más, el que viaja, el que se mueve de un lugar a otro. En cambio "peregrino", ya etimológicamente, es otra cosa pues viene a significar el que, dejando su país de origen, está lejos de su patria y de la "domus", el que anda por tierras ajenas. Y a partir del siglo XI la palabra añade un nuevo significado, que pasará a ser dominante, designando la "peregrinación" el viaje de devoción, individual o colectivo, hacia un lugar santo⁸. De otro lado, y desde la perspectiva histórica, digamos que el de la peregrinación es un hecho ligado a todos los tiempos, lugares y creencias, buscando el hombre en ella tanto la protección del mundo externo como la evasión de la angustia producida por sus problemas internos. Además en el hecho de las peregrinaciones históricamente conocidas ha sido primordial la voluntad de venerar un lugar santificado por un suceso que marca la historia religiosa: la cuna o la tumba del profeta o del santo o el lugar donde predicó; esos lugares serán siempre motivo de atracción para los adeptos de la correspondiente religión.

Históricamente nos constan peregrinaciones para casi todos los pueblos, por ejemplo, para los Hititas, Sirios, Babilonios, Egipcios (a Osiris en Abydos, a Amón, en Tebas), Celtas, Griegos (Eleusis, Delfos), Romanos, pueblos nórdicos,

⁸ Sobre la palabra y el concepto de «peregrinus» y su evolución semántica, Cfr. B. de Gaiffier, "Pellegrinaggi e culto dei santi: riflessione sul le theme du congrés", en *Pellegrinaggi e culto dei santi in Europa fino alla 1ª Crociata*, Todi, 1963, págs. 12-15 y J.A. García de Cortázar, "El hombre medieval como "Homo Viator": peregrinos y viajeros", en *IV Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 2 al 6 de agosto de 1993, Logroño, 1994, p. 11-30, en concreto p.13.

americanos (aztecas, mayas, incas), etc. Y nos constan también ligadas a todas las Religiones: Judaísmo (a Jerusalén), Cristianismo, Islam (Medina, Jerusalén, La Meca), Budismo, etc... Naturalmente nosotros nos referimos a las peregrinaciones cristianas. Nada, pues, de extraño que dentro de él la peregrinación haya supuesto un fenómeno importante pues, según acabamos de señalar, pertenece a la sociología religiosa en general⁹. Pero, más en concreto, en el cristianismo, de un lado, confluyeron costumbres griegas, romanas y judías. Y, de otro lado, la peregrinación tiene en él una fuerte base bíblica pues no en vano la Biblia nos presenta a Abraham como el primer peregrino y al pueblo Judío peregrinando por el desierto en búsqueda de la Tierra Prometida¹⁰.

Ya dijimos que una condición esencial para que un viaje pueda ser concebido como peregrinación es que se realice con intención devota; la peregrinación requiere pues una voluntad de veneración, no siendo suficiente la curiosidad o la excursión turística, aunque éstas se den también en muchos casos. Además conlleva como componente necesario el sufrimiento físico¹¹, entendiendo que cuantas más fatigas se sufran mayores beneficios espirituales se obtendrán. En el caso del peregrino ese sacrificio se concretará en no rehuir penalidades, en no arraigarse en ningún lugar, en definitiva, el caminar físico se convierte a la vez en una ascesis espiritual.

Al peregrino cristiano ha podido moverlo también una promesa o la imploración de una intercesión milagrosa que el fiel esperaba alcanzar, sobre todo, al tomar contacto con las reliquias. Y es que en el mundo cristiano desde muy pronto (desde el siglo IV d. C.) las reliquias adquirieron una gran importancia al partir de la idea de que Dios obraba milagros por la intermediación de éstas. Por ello el culto a las reliquias fue uno de los soportes más constantes de la peregrinación medieval, marcando profundamente la mentalidad de la época. Y los objetos propicios para tomar como reliquias fueron, como es sabido, todos los imaginables posibles; por cierto, el Oriente y Tierra Santa son las fuentes más importantes de reliquias¹².

Dentro del Cristianismo los lugares más importantes de peregrinación (no se olvide que hablamos de viajes) fueron inicialmente Palestina o Tierra Santa y Roma. Después el paso del tiempo fue creando incesantemente nuevos centros debido a la adquisición de reliquias, la presencia de nuevos santos, etc. Pero sólo el caso de Santiago de Compostela llegó a igualar a Roma y Palestina.

Y, puesto que la literatura odepórica en la que me concentraré después será la vinculada a Palestina, aludiremos a algunos hechos característicos de la peregrinación a Tierra Santa. Que Palestina fuera el principal lugar de peregrinación para los cristianos en nada puede extrañar pues se puede decir que al día siguiente de la

⁹ Una primera aproximación puede verse en el librito, ya clásico, de R. Roussel, *Les Pélerinages*, París (Que sais-je, nº 666), 1972. p. 9-13; igualmente vale como comienzo L. Bonilla, *Los peregrinos. Sus orígenes, rutas y religiones*, Madrid, 1965.

¹⁰ Para las bases bíblicas de la peregrinación cristiana puede verse J. Brière, "Les racines bibliques du pèlerinage chétien", en J. Chelini – H. Branthorne, *Les chemins de Dieu. Histoire des pèlerinages chrétiens des origines a nos jours*, París, 1982, p. 23-43.

¹¹ Cfr. Roussel, *op. cit.*, p. 27 y 39

¹² Cfr. P.A. Sigal, *Les marcheurs de Dieu. Pèlerinage et pèlerin en moyen Age*, París, 1974, p. 29-33.

muerte de Cristo los lugares que sirvieron de marco geográfico para su vida debieron parecer a los primeros cristianos una especie de paraíso perdido al que se dio en llamar Tierra Santa, la cual a su vez se articula y concreta en diversos y muy específicos "Santos Lugares". Y, aunque los libros del Nuevo Testamento no hacen referencia a ello, los lugares de la Vida y Pasión de Cristo seguramente fueron objeto de veneración ya desde los tiempos apostólicos¹³. De ello tenemos noticias históricas ya desde el siglo II d. C.¹⁴.

Por otro lado, la conversión del emperador Constantino y la peregrinación a Jerusalén de su madre, Santa Helena, reforzaron grandemente la práctica de la peregrinación, la cual, por cierto, se extendía también a los lugares vinculados al Antiguo Testamento. Además otra nota específica de esta peregrinación a Palestina será el afán de información histórica que se sintió ya desde la Antigüedad pues ya San Jerónimo, uno de los mayores fautores de esta peregrinación, decía que se entendía mejor la Sagrada Escritura cuando se ha visto con los propios ojos Judea y las ruinas de sus antiguas ciudades¹⁵.

Desde el punto de vista histórico, son casi innumerables las cuestiones que interesan acerca del modo como se llevaban a cabo las peregrinaciones a Tierra Santa en el mundo occidental y cristiano. Asuntos como las rutas que se seguían (terrestres y marítimas), las épocas del año y fechas preferidas (marcadas por el doble ritmo de las fechas litúrgicas -Navidad, Pascua, Pentecostés -y las estaciones del año con su ritmo laboral - agrícola, ritmo que imponía la primavera como el periodo preferido); la organización de los viajes (a veces masivos, en muchas ocasiones en grupo), las condiciones materiales de éstos: los medios de traslado (a pie era el medio más recomendado desde el punto de vista espiritual), la duración del viaje (muy variable: a Tierra Santa, desde 6 semanas a varios meses), los peligros que acechaban a los peregrinos, la protección de los mismos por lo que hoy llamaríamos poderes públicos (había salvoconductos) y por la Iglesia; el respeto y solidaridad que suscitaba el peregrino así como la aureola de que socialmente gozaba quien hubiera peregrinado, sus vestidos e insignias; quiénes peregrinaban (de todas las condiciones sociales: clérigos y laicos, y de éstos: reyes, nobles y pueblo llano,

¹³ Cfr. H. Leclercq, «Pélerinages au lieux Saints», en *Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie*, t. XIV, cols. 65 - 176, en concreto col. 67.

¹⁴ Así Eusebio de Cesarea nos habla del viaje a Palestina del Obispo Melitón de Sardes, forzosamente anterior al año 190 d. C., y también del que llevó a cabo el primer obispo de Cesarea de Capadocia, Alejandro, en fecha poco posterior al 200 d. C. Cfr. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, l. IV, c. 26 y l. VI, c. 11 respectivamente (Edic. de A. Velasco - Delgado, *Eusebio de Cesarea, Historia Eclesiástica*, t. I y II, texto, versión española, introducción y notas, B.A.C., 2ª edic., Madrid 1997). Y San Jerónimo, *De Viris Illustribus*, c. LXII: "Alexander, episcopus Cappadociae, cum desiderio sanctorum locorum Hierosolymam pergeret" (P.L. 23, col. 170). El propio Eusebio se refiere a lo que pasaba en torno al 300 d.C. diciendo que "en Jerusalén se reúnen todos los que creen en Cristo de todas partes del mundo... y para rezar en el Monte de los Olivos... donde se posaron los pies de Cristo". Cfr. Eusebio de Cesarea, *Demonstratio Evangelica*, l. VI, c. 18 (P.G. 22, col. 457).

¹⁵ Cfr. Hieronimi praefatio in librum Paralipomenon iuxta LXX interpretes: Quomodo Graecorum historias magis intelligunt qui Athenas viderint et tertium Virgillii librum qui a Troade per Leucaten et Acroceraunia ad Siciliam et inde ad ostia Tiberis navigarint ita Sanctam Scripturam lucidius intuebitur qui Iudeam oculis contemplatus est et antiquarum urbium memorias locorumque vel eadem vocabula cognoverit" (P.L. 29, c. 423). Pero P. Maraval aduce justamente este afán de información para dudar de que se puedan entender como peregrinaciones los viajes a Tierra Santa de los personajes cristianos de los que tenemos noticias para los siglos II y III. Cfr. J. Chélini - H. Branthome, *op. cit.*, p. 55.

también mujeres), las fluctuaciones históricas que sufrieron, si las Cruzadas fueron peregrinaciones, las críticas que las peregrinaciones recibieron desde dentro del propio Cristianismo y tantas y tantas cuestiones. Ni que decir tiene que sobre todo esto, hay una riquísima y muy sabrosa bibliografía.¹⁶

* * *

Pasando ahora al *aspecto literario de las peregrinaciones a Tierra Santa*, diremos que el hecho histórico de la peregrinación ha dado lugar a una importante literatura de viajes, importante al menos cuantitativamente hablando¹⁷ y desde el punto de vista de la información histórica. Sus comienzos pueden fijarse a principios del siglo IV d. C. Se trata de una literatura que, al igual que la vinculada a los viajes en general, y según vimos ya, adquiere formas muy distintas y produce textos muy diferentes¹⁸, pero que coinciden todos en tener como base la experiencia del viajar, ahora a los lugares de Tierra Santa. Veamos qué sucedió a este respecto en el caso de las peregrinaciones a Palestina, moviéndonos siempre en el arco cronológico de la Tardía Antigüedad y la Alta Edad Media.

La primera de las piezas conservadas es el bien conocido *Itinerarium Burdingalense*¹⁹. La obra fue escrita en el 333 por un autor cuyo nombre desconocemos²⁰

¹⁶ No es éste el lugar indicado para intentar dar cuenta de la misma. Tan solo queremos señalar cuatro o cinco títulos que juzgamos especialmente útiles: P. A. Sigal, *Les Marcheurs ...*, citado, ofrece una rápida mirada de conjunto sobre las peregrinaciones en la Edad Media y en páginas 149 - 159 proporciona una interesante bibliografía por temas y con rápidos juicios críticos; llega hasta el año 1974. Interesante también el conjunto de trabajos que diversos autores ofrecen sobre aspectos variados de la peregrinación en *Pellegrinaggi e culto dei santi in Europa fino alla 1ª Crociata*, Todi, 1963. S. Herreros Lopetegui, "Viajeros, peregrinos, mercaderes en el Occidente medieval. Una aproximación bibliográfica", en *Viajeros, Peregrinos, mercaderes en el Occidente medieval XVIII Semana de Estudios Medievales*, (Estella, 1991), Pamplona, 1992, págs. 271-341, en las páginas dedicadas a trabajos sobre las peregrinaciones (299 - 307) presta obviamente atención también a la bibliografía española. P. Maraval, *Lieux saints et pèlerinages d'Orient. Histoire et géographie des origines a la conquête arabe*, París, 1985, incluye una bibliografía, rica por lo que hace a las fuentes y sus ediciones. Y por la atención que sus bibliografías dedican a la historia literaria de los viajes medievales en general y la peregrinación (medieval) a Tierra Santa en particular citaré el Anejo I (1991) de la Revista de Filología Románica titulado *Los libros de viajes en el mundo Románico*, Madrid, 1991; A. Grabois, *Le pèlerin occidentale en Terre Sainte au Moyen Âge*, París, 1998 y F. López Estrada, *Libros de viajeros ...*, citado, el cual incluye una bibliografía selecta, no extensa pero interesante por su atención a lo hispánico y los rápidos comentarios que acompañan a varios títulos.

¹⁷ Incomparablemente más abundante que la producida en relación a los otros dos grandes centros de peregrinación del Cristianismo, Santiago de Compostela y Roma. Para el periodo que va del 1100 al 1500 R. Howard nos proporciona la cifra de 526 escritos en distintas lenguas que tienen por tema la peregrinación a Jerusalén. Cfr. Donald R. Howard, *Writers and pilgrims. Medieval Pilgrimages, Narratives and their Posterity*, Londres, 1980, p.17. Y sospechamos fundadamente que algunos escritos no los ha conocido, con lo que el número podría ser algo mayor. Naturalmente es mayor la cantidad de piezas conservadas para el periodo posterior al siglo XI que los que nos ha llegado de la Tardía Antigüedad y la Alta Edad Media.

¹⁸ No entra en los propósitos de este trabajo realizar una disquisición teórica sobre los distintos tipos literarios en que se podrían enmarcar las obras de la literatura latina de la época aquí tratada y que nacen vinculadas a la peregrinación a Tierra Santa. Nos parece que existe la posibilidad de describir una tipología y a la vez revelar algunas conexiones con la literatura y la retórica de la época clásica. Desconocemos si tal trabajo está hecho. En todo caso habrá que tener claro que los tipos o géneros son abstracciones y además no existen en estado puro; es decir, que pueden servir para enmarcar las obras pero al final lo que cuenta es la realidad concreta e individual de cada una de éstas. Aquí nos limitaremos a insinuar (ya sea en el texto ya en las notas) esos tipos a la hora de presentar o las obras concretas o algún conjunto de éstas.

¹⁹ Como importantísimo documento histórico que es, esta pieza cuenta ya con varias ediciones críticas siendo la última la del *Corpus christianorum, Series Latina*, CLXXV, Turhont, 1965, p. 1-26, la cual sigue fundamentalmente el texto de O. Cuntz (*Itinerarium Romana*, Lipsiae, 1929, p. 86-102). Para una relación más completa de sus ediciones véase F. Parente, "La conoscenza della Terra Santa como esperienza religiosa dell'Occidente cris-

pero que parece natural de Burdeos o al menos de Aquitania. La obrita arranca y finaliza (se recoge también el viaje de regreso hasta Milán) con la estructura típica de los tradicionales itinerarios romanos, guías de rutas para viajeros²¹. Pero en medio de esos dos momentos, el de ida y el de regreso, la actitud del redactor da un giro importante. En efecto, al llegar a Palestina, la narración se hace mucho más rica. El viajero deja las rutas principales y se dirige a diferentes lugares que le interesan por motivos de historia bíblica, deteniéndose sobre todo, claro está, en Jerusalén. Y es entonces cuando se preocupa de dejar consignadas muchas más cosas que la mera ruta de un lugar a otro con la indicación de las “mutationes” y “mansiones”, las ciudades y las distancias entre ellas. Ahora el autor da ya información topográfica, arquitectónica y de historia bíblica de los lugares visitados²². En lo que no se para en cambio, es en señalar hechos litúrgicos o eclesiásticos contemporáneos. Y son escasísimos los datos que, como el dedicado al Mar Muerto o la noticia sobre el sepulcro de Anibal²³, se escapan a la perspectiva religiosa. Tampoco hace alusiones personales ni utiliza la primera persona. La obra, sin embargo, nos parece fundamental para la literatura de peregrinación a Palestina porque sin duda marcó la pauta para el futuro por lo que hace a los lugares que se deben visitar y de los que hay que hablar, el hecho bíblico-religioso al que hay que referirse, la topografía de Jerusalén (colinas, murallas, puertas, ruinas del templo de Salomón, los grandes templos cristianos hechos construir por el emperador Constantino, fuentes, etc...). En esto la van a seguir las obras futuras, de alguna de las cuales es fuente explícita.

Es interesante para nosotros señalar que en España se nos ha conservado un importante testimonio manuscrito de esta pieza singular, testimonio que procede de San Millán de la Cogolla y que fue compuesto posiblemente en el siglo X²⁴. El manuscrito nos ofrece una versión algo modificada del Itinerarium; su autor parece hispano en razón de algunos rasgos lingüísticos y acaso fuera un peregrino que había viajado a los Santos Lugares.

tiano dal IV secolo alla Crociata”, en *Popoli e Paese nella cultura altomedievale. Settimane del Centro Italiano di Studio sull'Alto Medioevo*, XXIX, Spoleto, 1987, p. 231-316, en concreto, p. 244-245, n.17.

²⁰ Algunos han pensado que se trataría de un funcionario imperial dado que en la primera parte de su guía sigue las etapas oficiales (Cfr. J.M. André - M.F. Baslez, *Voyager dans l'Antiquité*, La Flèche, 1999, p. 262).

²¹ Estos itinerarios eran guías que daban cuenta de una ruta determinada, señalando las etapas de la misma, con sus “stationes” y “mansiones” y las ciudades existentes entre esos lugares citados o entre el lugar citado y el punto de partida. Se trataba de puros y secos catálogos cuyas copias se vendían en las librerías de Roma y que en modo alguno podían concebirse como literatura.

²² No compartiría yo por tanto la afirmación que realiza E. Menestò “L'Itinerarium Burdingalense è, come si è visto, un itinerarium de tipo classico”, en *Lo Spazio del Medioevo*. 1, I (Medioevo latino), págs. 535-601, la cita en pág. 542. Pero esta matización de detalle nada tiene que ver con nuestro juicio general sobre su capítulo (“Relazioni di viaggi e di ambasciatori”) de la obra aquí señalada pues entendemos que el suyo es un trabajo importante sobre la literatura odepórica latina.

²³ A su paso por Bitinia señala el autor que junto a la “mansio” de Libissa fue enterrado Anibal: “Ibi positus est rex Annibilitannus, qui fuit Afrorum”.

²⁴ Se trata del ms. Madrid, Archivo Histórico Nacional, n° 1279. El texto ha sido editado por Z. García Villada (*Estudios Eclesiásticos*, IV, 1925, p. 150-183); J. Leclereq, “Textes et manuscrits de quelques bibliothèques d'Espagne”, (*Hispania Sacra*, II, 1949, p. 4 y 5) y por J. Campos, “Textos de latín medieval hispano”, (*Helmántica*, VII, 1956, p. 185-186). Este testimonio hispano ha sido tenido en cuenta por el editor del Itinerarium en el Corpus Christianorum.

Si la pieza antes tratada es fruto de un viaje real, debemos aludir ahora a cuatro opúsculos que nacen de la elaboración de fuentes anteriores, destinados también a futuros viajeros pero sin que el redactor haya realizado el viaje. Los cuatro pertenecen a un tipo o género diferente al opúsculo anterior pudiendo llamar a éste de ahora descripción (descriptio) de ciudades, lugares y regiones. Se trata ahora de obras de mayor entidad que los itinerarios de tradición clásica representados en esta literatura cristiana por el atrás examinado Itinerarium Burdingalense. Estas descripciones (de Jerusalén, los Santos Lugares, Tierra Santa) son ya textos de narración seguida, con un discurso variamente desarrollado, según los casos, y, desde luego, de mayor extensión, a veces mucho mayor, que aquellos Itinerarios. Eso sí, también en estas Descripciones la función informativa prima sobre otras consideraciones o finalidades. Por ello sería discutible si tales obras alcanzan la condición de literarias.

Tenemos en primer lugar el *De Situ Hierosolymitanae urbis atque ipsius Iudaeae epistula ad Faustum presbyterum*²⁵, obra que ha sido atribuida a Euquerio, obispo de Lyon, el cual vivió en la primera mitad del s.V²⁶. Aunque es un texto breve (7 páginas impresas), se compone de dos partes diferenciadas según anuncia el propio título. En primer lugar, se nos da una telegráfica noticia de la topografía de Jerusalén: que se asienta en una elevación del terreno, ciudad amurallada, colinas interiores (monte Sión), puertas de las murallas; a todo lo cual sigue una rápida alusión a algunos lugares Santos o de impronta bíblica: la piscina que él llama de Betsaida y la de Siloé, la basílica del Martyrium²⁷ y la Anastasis (Resurrección) más algunas breves noticias sobre lugares del entorno inmediato (Monte de los Olivos) y de los más o menos próximos Belén, Hebrón, Jericó. A ello se añaden referencias fugaces a lugares más alejados como Joppe, Mar Muerto y lago Tiberiades. Y en su segunda parte encontramos un intento por precisar lo que es el territorio de Judea en base a dos autoridades: San Jerónimo²⁸ y el Pseudo-Hegesippo o Josefo Latino. En ambos casos se observa un gran afán de precisión y un uso constante de la historia bíblica como argumento.

Es de destacar que, como en el caso anterior, también ahora contamos con un importante testimonio hispano de la tradición del texto: el códice del Escorial R. II²⁹, del siglo VIII; es el principal testimonio de la tradición y ha sido, obviamente, usado por los citados editores, Geyer y Fraipont.

²⁵ Varias veces editada, la moderna edición crítica es la de P. Geyer, en *Itinera Hierosolymitana (s. IV-VIII)*, en el Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, Vindobonae, 1899, p. 123-134. Esta edición es la que utiliza I. Fraipont como base, realizando mejoras, de su edición en el Corpus christianorum, t. CLXXV, *Itineraria et alia Geographica*, Turnholt, 1965, p. 235-243.

²⁶ Cfr. I. Fraipont, *Bedae Venerabilis De locis Sanctis*, en *Itineraria et alia geographica*, cit., p. 247.

²⁷ Basilicam quae Martyrium appellatur a Constantino magno cultu nuper exstructam. El «nuper» importa de cara a la datación de esta obra.

²⁸ En concreto en su carta 129, 4-5. De ella nos resulta curiosa y llamativa la siguiente declaración en que San Jerónimo se avergüenza de confesar lo pequeña que es la Tierra Prometida temiendo que los gentiles hagan burla de ello: “pudet dicere latitudinem terrae repromissionis ne ethnicis ocasionem blasphemandi dedisse videamur. A Joppe usque ad viculum nostrum Bethlehem XLVI milia sunt: cui succedit vastissima solitudo plena ferocium barbarorum”.

²⁹ Una muestra del mismo en P. Ewald- G. Loewe, *Exempla scripturae visigothicae XL tabulis expressa*, Heidelberg, 1883, tab. VII.

De tener un tanto parecido a la obra que acabamos de examinar son el *De situ Terrae Sanctae* (ca. 530), obra atribuida a un cierto³⁰ Teodosio³¹, el *Breviarius de Hierosolyma* y el *De locis sanctis*, obra compilada por Beda.

Por lo que hace al *De Situ Terrae Sanctae* digamos que su autor parece tener la intención de ser bastante exhaustivo a la hora de señalar los lugares de interés para el peregrino cristiano a los lugares santos del Oriente, pero no sólo dentro de Jerusalén o Palestina sino también en las distintas provincias del Asia Menor o en Egipto, Siria y Mesopotamia. El autor se sitúa en Jerusalén como epicentro y a partir de esta ciudad va haciendo itinerarios, primeramente dentro de Palestina, en las distintas direcciones: hacia el Este (Jericó y la fuente de Eliseo); hacia el Norte (Neapolis, Sebastea, Cafarnaún, etc.); hacia el Sur-Oeste, saliendo por la puerta Purgu (Eleuteropolis, Ascalona, Gaza); hacia el Oeste y Noroeste (Silo, Joppe, Cesarea de Palestina, etc.) y hacia el Sur, pero por la parte central de Palestina (Teberinte, Cebrón). Seguidamente se centra en el recorrido por la propia Jerusalén (c. 7) y sus inmediatas alrededores. Y a continuación el autor ofrece otros diversos recorridos sin criterio rector aparente: se entra y sale ya de Jerusalén ya de Palestina en diversas ocasiones sin que el criterio geográfico o de contenido den una coherencia al texto; del Ponto se pasa a Egipto para volver a Capadocia y, previo un rápido excursus sobre los principales ríos (que a su vez son el Tigris y el Eufrates pero también el Phison en Etiopía y el Geon "iuxta Hierusalem"), se vuelve a los alrededores de Jerusalén y al camino del Este, hacia el Jordán; seguidamente se vuelve a la Siria Segunda y a Fenicia y, después de señalar las regiones que limitan a Palestina, se reemprenden los itinerarios de la provincia de Asia, el Sinaí y de nuevo a Palestina para volver a Armenia y Siria, intercalando la noticia de la fundación de la ciudad de Dara en Mesopotamia. No es de extrañar entonces que a lo largo de toda la exposición falten cláusulas o fórmulas de transición que ayuden a articular el texto. De otro lado su latín nos parece más vulgar – lo que no quiere decir falta de interés – que el de otras piezas paralelas. La impresión que se queda en el lector es que se trata de una yuxtaposición de noticias y piezas menores que aquél ha tomado de fuentes muy diversas³² y que no acierta a ensamblar.

Que el autor haya sido viajero real en los itinerarios descritos, o siquiera en parte de ellos, es más que dudoso pues nunca se menciona a sí mismo ni se le ve de testigo directo de lo que narra; solamente aporta un atisbo de duda la gran precisión que ofrece a la hora de señalar las distancias existentes, tanto en los distintos lugares dentro de Jerusalén como en sus alrededores y en algunas otras ocasiones.

La obra sí es rica en "noticias" en cuyo aporte el autor se muestra sumamente crédulo en bastantes ocasiones: junto a la mención de hechos históricos como el de la construcción por la emperatriz Eudoxia de la iglesia de San Esteban o la de la

³⁰ Algunos le atribuyen un origen africano. Cfr. Edic. del *Corp. Christ.* cit., p. 114.

³¹ La obra nos ha llegado en los testimonios manuscritos en varias redacciones. La original, enriquecida después, fue identificada y publicada por J. Gildemeister, *Theodosius de situ terrae sanctae in athenis text und der Breviarius de Hierosolyma vervollständigt*, Bonn, 1882; de él la tomó P. Geyer, en su *Itinera Hierosolymitana...*, cit. p. 135 – 150, y de éste la toma a su vez la edición del *Corpus Christianorum*, cit., p. 114-125.

³² Tan sólo en una ocasión y a propósito de un dato muy concreto el autor señala una fuente, que por el modo en que es aludida, podría ser oral: "hoc Eudoxius diaconus dixit, qui de ipsa provincia est" (c. 29).

construcción de la iglesia de San Juan Bautista por el emperador Anastasio, junto al Jordán, o del dinero que los monjes de esta iglesia reciben del fisco por cuidarla, el autor nos dice también que los miembros de Cristo están impresos en la columna a la que fue atado, la estatua de la mujer de Lot crece y decrece como lo hace la luna: "ibi est uxor Lot, quae facta est statua salis et quomodo crescit luna crescit et ipsa et quomodo minuit luna deminuit et ipsa"; que en el monte de los Olivos está la piedra sobre la que descansó Cristo dejando sus hombros moldeados en ella como si fuera de cera, y que la piedra en que se sentó la Virgen camino de Belén la quiso llevar a Constantinopla el gobernador bizantino Urbicio para servir de altar, pero, impidiéndoselo la voluntad divina, constituye ahora el Altar de la Iglesia del Santo Sepulcro, etc.

Y una vez más hay que aludir a un célebre manuscrito hispano, el rotense, probablemente del s. X³³, en letra visigótica y tal vez procedente de una rama diferente a aquellas a la que pertenecen los manuscritos utilizados por P. Geyer en su edición crítica del texto³⁴. Ha sido editado por J. Campos³⁵ y es claro que en el futuro debe contar a la hora de editar el *De Situ Terrae Sanctae* atribuido a Theodosio.

El anónimo *Breviarius de Hierosolyma*, compuesto entre el 530 y el 590³⁶, tiene su mejor valor histórico en las informaciones topográficas de Jerusalem y sus iglesias del periodo que va del 527 al 565, es decir, justo el periodo anterior a Justiniano. El autor presta además una muy especial atención a las reliquias que contiene cada iglesia. Su redacción es solamente descriptiva y absolutamente impersonal, muestras ambas de que no obedecen a un viaje real.

Por su parte también el prolífico escritor e importante historiador, *Beda*, nos dejó una obra, posiblemente del 702-703³⁷, dedicada a la descripción de los Santos Lugares de Jerusalén y Palestina: su *De locis sanctis*³⁸. Beda se basa únicamente en fuentes escritas pero manejadas con criterio y espíritu crítico³⁹. Estas son, fundamentalmente, Arculfo-Adamnan, Pseudo-Hegesipo, Jerónimo y el Pseudo - Euquerio⁴⁰. En cuanto a su contenido digamos que Beda atiende a los datos de la geografía física de los lugares: Jerusalén, el Monte de los Olivos, el campo que circunda a Jericó, el río Jordán, el lago Tiberíades, el Mar Muerto y la clase de sus aguas, el Monte Tabor, el puerto de Alejandría; y se fija también en ciertos hechos de la vida

³³ Sobre este famoso y rico códice misceláneo, procedente también del monasterio de San Millán de la Cogoilla, Cfr. ahora E. Ruíz García, *Real Academia de la Historia. Catalogo de la sección de códices*, Madrid, 1997, p.395-405.

³⁴ En su obra *Itinera Hierosolymitana*, cit.

³⁵ Cfr. J. Campos, « Textos de latín medieval hispano », *Helmantica*, VII, 1956, p. 196-199. En el texto del ms. hispano que él edita se observan diferencias respecto al de Theodosio tanto por supresión como por adición o alteración.

³⁶ Transmitido en los mss. en dos recensiones, tiene edición crítica en P. Geyer, *Itinera Hierosolymitana*, cit., p. 152 – 155 y en *Itineraria et alia Geographica* del C. Christ., cit. p.107- 111.

³⁷ Para su datación, discutida, cfr. M. L. W. Laistner, *A Hand-list of Beda mss.*, Ithaca, 1943, p. 83

³⁸ Señalemos como ediciones críticas solamente las más modernas: P. Geyer, *Itineraria et alia Geographica*, cit., p. 251-280 y I. Fraipont, *Itineraria et alia Geographica*, cit., p.251-280.

³⁹ "Ex qua (historia Arculfi-Adammani) nos aliqua decerpentes veterumque litteris comparantes..." nos dice Beda en el c. XVIII de su obra que supone el cierre y epílogo de la misma a la vez que la declaración de las fuentes en que ha bebido.

⁴⁰ Pero, muestra de su gran cultura, también cita, en cuestiones menores y muy concretas, a autores como Juvenio (c. 5, ls. 5-6) y Victorius Pictaviensis (Pseudo-Cyprianus), cap. II, 6.

ordinaria y la historia civil, no religiosa: la ausencia de carros en Palestina, los productos del campo de Jericó, los peces del Jordán, las langostas y la miel silvestre del lugar en que se movió Juan el Bautista. La obra, que tiene una finalidad didáctica⁴¹ y es fruto de un espíritu más racionalista que lo habitual en la clase de obras que estamos contemplando, muestra una organización ordenada y racional, centrándose el autor en los lugares más importantes de Palestina en relación a la historia religiosa. Y por ello también se prima la descripción de las iglesias y los monumentos religiosos⁴² por encima de las leyendas piadosas que a veces eran de una extrema credulidad⁴³. La obra de Beda tuvo después, sobre todo en los s. XII y XIII, una influencia importante en la literatura dedicada a las peregrinaciones y de ella sobreviven muchos manuscritos⁴⁴.

De condición diferente y representando un nuevo tipo o género literario son las obras a las que nos vamos a referir ahora. Tales obras relatan un viaje real; pero, a diferencia del *Itinerarium Burdigalense*, en ellas se atiende al viaje mismo y sus peripecias y se insertan elementos de índole personal del peregrino. Su autor puede ser ya el propio viajero, por lo que estaríamos ante obras de un modo u otro autobiográficas, ya un biógrafo que cuenta el viaje y la vida de otro, el peregrino⁴⁵. Pero tanto en un caso como en otro estamos ante obras que, en principio, cumplen ya con la condición de ser literarias.

Las peregrinaciones relatadas por el propio peregrino para la época y lugares objeto de nuestra atención, y a las que nos vamos a referir ahora, son: la *Peregrinatio Egeriae*, el *Itinerario de Antonino de Piacenza* y el *Itinerario del monje Bernardo*.

El de *Egeria*⁴⁶ es el primer auténtico "relato de viaje" de peregrinación a Palestina⁴⁷. Egeria, de familia noble, formó parte verosímelmente de una comunidad

⁴¹ Ex qua (historia) nos aliqua decerpentes... tibi legenda transmittimus, obsecantes per omnia ut praesentis saeculi laborem non otio lascivi torporis sed lectionis orationisque studio tibi temperare satagas.

⁴² Los casos más sobresalientes son, de un lado, el conjunto arquitectónico Iglesia del Martyrium-Iglesia del Gólgota-Iglesia de la Anastasis y por otro lado, la iglesia del Monte Sión, sobre el lugar de la Última Cena; en ambos casos la descripción literaria va acompañada por un plano-dibujo que Beda introduce: en el primer caso así: "Sed singula quae dixi ut manifestius agnosceres, etiam prae oculis depingere curavi"; y en el segundo: "Huius ergo ecclesiae talis dicitur esse figura".

⁴³ Lo cual no quiere decir que no incluya alguna bastante llamativa como la del Santo Sudario (c. IV, 1-2) o la de la tierra que sostuvo por última vez los pies de Cristo y que muestra sus huellas a pesar de que sea llevada de continuo por los creyentes.

⁴⁴ Una cita reveladora es la que hace el monje francés, Bernardo el Sabio, quien a la hora de describir en su *Itinerario el Santo Sepulcro* se exime de detenerse en la descripción del mismo reenviando a esta obra de Beda.

⁴⁵ De los relatos de peregrinación en principio no autobiográficos los más importantes del período en que nos venimos moviendo podríamos decir que son, por orden cronológico: el "Epitaphium sanctae Paulae" (Epistula CVIII, dirigida a la hija de Paula, Eustochio) que San Jerónimo escribió tras la muerte de esta gran dama romano-cristiana: en los caps 7-14 del Epitaphium se recoge la peregrinación de Paula por los Santos lugares; el "De locis sanctis" que Adamnan de Iona escribió (ca. 670) relatando, en tres libros, la vida y la peregrinación a Tierra Santa del obispo franco Arculf; y la "Vita Willibaldi" que la monja anglosajona Hugeburc escribió en 778 y en la cual se daba cuenta de los viajes de peregrinación que Willibaldo, primer obispo de Eichstätt, había realizado a Roma, Tierra Santa y Constantinopla. De estos relatos de peregrinación no podemos ocuparnos aquí.

⁴⁶ Sobre si el nombre había de ser Etheria, Eucheria o Egeria puede verse en la obra de A. Arce, citada en la nota siguiente.

⁴⁷ Hay una bibliografía muy rica sobre Egeria y su relato. La producida hasta el año 1989 está recogida y ordenada temáticamente por S. Janeras en su trabajo, "Contributo alla bibliografia egeriana", en *Atti del Convegno internazionale sulla Peregrinatio Egeriae*, Città di Castello, 1990, p. 355-366.

religiosa, casi con seguridad en Galicia⁴⁸. Entre los años 381 y 384, aunque la datación precisa ha sido discutida⁴⁹, realizó su viaje de peregrinación a Tierra Santa. Cuando ya está de regreso, en Constantinopla, y posiblemente en el año 384, redacta el relato de su viaje que envía a sus hermanas de comunidad. La autora, una de las primeras mujeres escritoras en latín cuya obra nos ha llegado⁵⁰, utiliza en alguna medida el nivel hablado del latín de la época, aunque también con reflejos del latín literario. Por ello es uno de los textos más estudiados y explicados en aras a la reconstrucción del latín hablado. Su obra ha tenido numerosas ediciones, traducción a numerosas lenguas (además de a las más conocidas, también al polaco, al ruso, al holandés y al gallego) y muchos comentarios lingüísticos, filológicos, históricos, por ejemplo, de cara a la historia de la liturgia cristiana y de las peregrinaciones. Sin embargo, nos ha llegado en un único manuscrito, proveniente de la abadía de Montecasino donde fue escrito en el siglo XI y en letra beneventana⁵¹. El códice nos ha llegado mutilado por el principio y por el final y por ello lo que podemos ver del relato que nos hace Egeria de su viaje viene a ser como la mitad del mismo. Quizás por ello nunca sabremos si alguna vez regresó Egeria a su Galicia o si murió por aquellas tierras. En ese relato, inicialmente planteado como carta pues son numerosas a lo largo del relato las apelaciones a las destinatarias, las hermanas de su comunidad, la autora describe en primera persona las etapas de sus viajes al Sinaí, donde pretende recorrer los lugares mencionados, sobre todo, en el Éxodo, y donde trató con los monjes de esta zona, al monte Nebo, a Carneas, la tierra de Job, y a Mesopotamia (Carras, Edesa), y el comienzo de su regreso, que pasa por Constantinopla⁵². En él vemos cómo Egeria se detiene especialmente en darnos cuenta de los numerosos lugares bíblicos que visita en sus diversos recorridos en el doble plano de cómo los describía la Biblia y cómo están cuando ella los ve, en lo que ella y sus acompañantes hacen en cada lugar, en la organización y actividades de los monjes, monasterios e iglesias visitadas, en algunas personalidades eclesiásticas de esos lugares. Y con frecuencia alude a datos fuera del ámbito religioso como la calidad del terreno del monte Sinaí, los huertos y frutos de algunos lugares, los

Por otra parte, de entre las muchas ediciones que este importante texto tiene, destacaremos la española, pero no sólo por española, de A. Arce, *Itinerario de la Virgen Egeria (381 - 384)*, Madrid, 1980 (BAC; n° 416), con edición crítica, traducción, una rica bibliografía, en ocasiones comentada, y una importante y amplia introducción general; añade también algunos textos auxiliares. Interesa asimismo el libro de C. Arias, *Itinerarios latinos a Jerusalén y al Oriente Cristiano*, Sevilla, 2000. La obra, referida sólo a los Itinerarios de Egeria y del Pseudo-Antonino de Piacenza, incluye traducción, introducción, notas y bibliografía.

⁴⁸ Cfr. M. Férotin, "Le véritable auteur de la 'Peregrinatio Silvae', la vierge espagnole Éthéria", *Revue des questions historiques*, 74 (1903), p.367-397. Claro resumen de la discutida cuestión de la patria de Egeria en la citada obra de A. Arce. Asimismo sintetiza los argumentos a favor del origen gallego J.E. López Pereira en su *Exeria. Viaje a Terra Santa, Traducción, introducción e notas*, Vigo, 1991, p. 16-19.

⁴⁹ Cfr. P. Devos, « La date du voyage d'Egérie », *Anal. Bol.*, 85 (1967), p. 165 - 194.

⁵⁰ Antes escribieron Perpetua y Proba, pero sus obras (la *Passio Perpetuae et Felicitatis* y el *Cento Vergilianus* respectivamente) o son de menor entidad (la *Passio*) o rehacen material preexistente (el *Cento Vergilianus*).

⁵¹ Es el famoso *Codex Aretinus VI, 3* (Arezzo), en el que en 1884 F. Gamurrini descubrió el texto de Egeria, del que daría la "editio princeps" en 1887.

⁵² En realidad, la llamada *Peregrinatio de Egeria* nos ofrece en la forma conservada dos partes bien diferenciadas: una primera (caps. 1-23), la que verdaderamente está consagrada a dar cuenta de sus viajes, y una segunda (caps. 24-49) dedicada a describir la liturgia de diversos ciclos según se celebra en Jerusalén. Nosotros aquí nos referimos en principio a la primera parte.

usos de los habitantes de Farán para no perderse en el desierto, la escolta que le hacían soldados y oficiales, la comparación Eufrates – Ródano, el asedio de Edesa por los persas y varios hechos más. En su “peregrinación” la autora se nos muestra siempre en tensión espiritual leyendo los pasajes de la Biblia (usando, por cierto, el texto de una traducción latina anterior a la Vulgata) acordes a los lugares visitados. Muchas veces es realista al contarnos las penalidades del viaje (por ejemplo, la subida a pie, cuando ya las caballerías no pueden, a las montañas) y se nos ofrece con un cierto espíritu de aventura y una inmensa curiosidad por todo, incluidas las nuevas vivencias espirituales, lo que le lleva a ser intrépida y esforzada. Y son también de agradecer las alusiones a sí misma y a los sentimientos que experimenta ante lugares, personas y situaciones diversas. Creemos, pues, que, por todo lo dicho, es un texto más vivo que lo que algunos han juzgado.

Digamos finalmente que este importante texto tiene una especial vinculación con Hispania pues al más que probable origen hispano de la autora, Egeria, se unen dos hechos más: en primer lugar, el precioso testimonio de Valerio del Bierzo, la conocida carta o “Epistola beatissime Egerie laude conscripta fratrum bergidensium monachorum a Valerio conlata”⁵³, en la cual este monje hispano, del s. VII, demuestra conocer el texto de la peregrinatio, nos transmite el nombre de la autora, por quien siente una gran admiración, y resume, usa y comenta su relato para estimular la espiritualidad y ascesis de los monjes del Bierzo; y, en segundo lugar, la presencia de algunos fragmentos de la peregrinación en un manuscrito toledano, los cuales sirven para cubrir lagunas menores que el manuscrito de Arezzo tiene en los capítulos 16 y 25⁵⁴.

De otro lado, en el “Itinerario” de Antonino de Piacenza⁵⁵ encontramos el relato del viaje que un peregrino, anónimo⁵⁶, hizo desde esta ciudad italiana a Palestina visitando también Chipre, Siria y Egipto, hasta Alejandría. El relato, que se sitúa en torno al 560-570 d. C., tiene una especial importancia como fuente histórica puesto que nos ofrece el Jerusalén anterior al año 614, fecha en la que los persas irrumpieron en la ciudad arrasándola a hierro y fuego⁵⁷, ofreciéndonos entonces el marco de la Jerusalén reconstruida por el emperador Justiniano después de las devastaciones causadas por los Samaritanos en el año 529. En él, aunque naturalmente predominan las noticias, a veces topificadas, relativas a la historia bíblica de los

⁵³ Unas cuantas veces editada, las ediciones críticas y mejores son las de Z. García Villada, ahora recogida en A. Arce, *op. cit.*, p. 8-16 y M. C. Díaz y Díaz, en P. Maraval, *Égérie, Journal de Voyage*. M.C. Díaz y Díaz, *Valerius de Bierzo, Lettre sur la B^e Égérie*, París, 1982, p. 323-349.

⁵⁴ Se trata del códice Tol. 14, 24, del s. IX, ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid. Tales fragmentos fueron publicados por D. de Bruyne, “Nouveaux fragments de l’Itinerarium Eucheriae”, *Revue Bénédictine*, XXVI, 1909, p. 481-484.

⁵⁵ El texto ha sido muchas veces editado. Los manuscritos nos han transmitido dos recensiones diferentes, de las cuales tenemos edición crítica en P. Geyer, *Itinera...*, cit., p. 157-218, recogida y mejorada en *Itineraria et alia geographica* (del C. Christ.), cit., p. 127 – 174. P. Geyer, en la introducción (p. XXVI-XXXIII) a su mencionada versión, trata de la doble recensión del texto, de la segunda de las cuales existe además una versión abreviada. También trata de estas cuestiones C. Milani en su obra, *Itinerarium Antonini Placentini. Un viaggio in Terra Santa del 560-570 d.C.*, Milán, 1977. En español contamos ahora con una reciente y buena traducción, acompañada de abundantes notas y bibliografía, en la obra de C. Arias, ya citada para la obra de Egeria.

⁵⁶ Sobre la cuestión de su autoría versa ampliamente C. Milani en la obra citada en nota anterior.

⁵⁷ Cfr. P. Maraval, *Lieux saints et pèlerinage d’Orient*, cit., p. 79-80.

lugares, el autor-viajero presta también atención a detalles de la realidad de aquél tiempo en esos lugares, también a detalles profanos⁵⁸, quedando así aquellos lugares bien descritos y como más concretizados y familiares para el lector. Por otra parte, el autor se nos muestra sumamente aficionado a y crédulo con las leyendas que circulaban en aquél tiempo por aquellos lugares de peregrinación, leyendas a veces verdaderamente curiosas como el que las mujeres hebreas de Nazaret sean de una especial belleza y tengan un gran amor a los cristianos, concesiones que les había hecho la Virgen María, el que las aguas del Jordán se paran y retroceden en el momento en que el sacerdote las bendice el día en que se conmemora el bautismo de Jesús, la conservación del sillón de Pilatos, de la losa en que se apoyó Jesús cuando fue interrogado por él, la extraordinaria riqueza del campo de Jericó con “limones de cuarenta libras” y “tallos de habas de dos pies de largo y dos dedos de ancho”. Pero esta credulidad, de la que ha sido acusado siempre, en mi opinión es lo que hoy hace más interesante su texto, dejándonos ver que también éste es un texto que tiene algo de vida.

El relato está escrito en primera persona y además el autor de vez en cuando introduce datos personales, tomando entonces una actitud protagonista⁵⁹, aunque su relato está menos personalizado que el de Egeria.

De finales del siglo IX, más concretamente de los años que van del 866 al 870, es el relato que *el monje francés Bernardo*⁶⁰ hizo de su viaje a Tierra Santa⁶¹, viaje que duró cuatro años y que no hizo solo sino con dos compañeros monjes.

El relato es más bien breve (seis columnas de la P. L.) pero de gran interés histórico. Bernardo siente interés y curiosidad por muchos detalles de aquello que observa de la vida ordinaria y civil. Ello hace que señale algunos datos que hoy nos resultan sumamente interesantes: la enorme cantidad de esclavos cristianos que salen desde el puerto de Bari hasta distintos lugares de la costa africana, los continuos salvoconductos que se le van exigiendo a lo largo de los territorios musulmanes, cómo alguno de estos salvoconductos describe incluso el físico de los peregrinos, las continuas gabelas que tienen que ir pagando⁶², la concreción del tributo dinerario que los cristianos de Egipto pagan para vivir seguros y libres, etc. Ello puede explicar el que la mitad de la narración verse sobre la parte del recorrido (Italia, itinerario marino, Egipto) anterior a la llegada a Tierra Santa siendo escasa la atención que en esa parte dedica al aspecto religioso. En este contexto podemos inscribir el que Bernardo realice también rápidas pinceladas descriptivas de algunos lugares al margen de los lugares de culto: así sucede para Bari, Alejandría, el propio desierto; o que, ya en Jerusalén, nos dé cuenta del hospital fundado por Car-

⁵⁸ Véase, por ejemplo, lo que se dice de cómo vive y actúa la guarnición militar de Farán.

⁵⁹ Como, cuando en n° 14 dice: “hay también allí dátiles de una libra, de los cuales me traje algunos a mi patria y le di uno al patricio Paterio”.

⁶⁰ Bernardo es apodado en el ms. Oxon. Lincoln Coll. 96 “El Sabio”, apelativo con que figura en algunos manuales de la historia de la literatura.

⁶¹ Edición en J. Mabillon, *Acta ss. Ordinis S. Benedicti*, III, 2 (1672), p. 523-526, editio princeps, recogida en P.L., 121, col. 569-574. Más modernamente edición en T. Tobler.-A. Molinier, *Itineraria Hierosolymitana*, Gineve, 1877 – 1880, p. 309-320.

⁶² Lo cual le impacta lo suficiente como para señalar: “consuetudo praeterea illorum hominum talis est ut quod ponderari potest non aliter accipiatur nisi in pondere”.

lomagno y que al aludir a la iglesia de Santa María no deje de señalar su importante biblioteca: “nobilissimam habens bibliothecam”.

En su peregrinación a Tierra Santa al citado grupo de estos tres peregrinos les interesaban, incluso bajo el punto de vista religioso, también otras muchas etapas intermedias tanto en Europa como en Asia: San Miguel del Monte Gargano, en la Apulia⁶³, monasterios de Alejandría, Babilonia (en Egipto) con los “hórreos de José” (=las pirámides), la ciudad de Thanis (Taphnis, Daphnae, la antigua Tanis egipcia), Pharan (civitas Faranea), etc... Ya en Palestina el autor se detiene, sobre todo y lógicamente, en Jerusalén y sus alrededores, ocupando su atención especialmente el conjunto arquitectónico del Martyrium – Gólgota- Anastasis, Gethsemaní y El Monte de los Olivos, cada uno con sus iglesias, y Belén, con la iglesia de Santa María. Y, ya en el regreso, se detiene especialmente en Roma, de la que nos recuerda las iglesias de San Juan de Letrán y San Pedro, finalizando el viaje en el Mont-Saint Michel, en la Bretaña francesa⁶⁴.

El monje Bernardo no da entrada a tantas leyendas piadosas como suele acontecer en la mayoría de estos relatos⁶⁵ ni su credulidad nos parece tan llamativa como en la mayor parte de los casos. Y como corresponde a la cualidad de relato autobiográfico, es abundante el uso de las primeras personas en verbos y pronombres. Pero, curiosamente, aproximadamente a la mitad de la narración, se pasa a la tercera persona, hecho que se sostiene hasta el final con excepción de la frase “quae et nos possumus referre”. ¿Pudo haber un segundo redactor distinto a Bernardo y que no había participado en el viaje?⁶⁶

Finalmente nos importa resaltar que uno de los dos compañeros que acompañaron al monje Bernardo fue un hispano según nos dice el propio autor: “duobus memet sociavi fratribus in devotione charitatis: ex quibus unus erat ex monasterio beati Innocentii Beneventani, alter Hispanus”. Lástima que no conociéramos nada más de él.

Y, puesto que en este marco sólo nos referimos a la Antigüedad Tardía y Alta Edad Media, de lo que hubo después en este campo, en la Plena y Baja Edad Media, no podemos ocuparnos ahora. Señalemos tan solo que evidentemente en lo que va del siglo X al XIV siguió produciéndose esta literatura, dando lugar a un considerable número de obras de los distintos tipos o géneros vistos, más en latín pero

⁶³ Para una primera aproximación a los dos centros de culto del Arcángel Miguel puede verse J. Chelín – H. Branthome, *op. cit.*, p. 144-145; 168-172 y E. R. Labande, “Les pelerinages au Mont Saint – Michel pendant le moyen age”, ahora en E. R. Labande, *Spiritualité et vie littéraire de l'Occident, X^e-XIV^e s.*, (Variorum Reprints), Londres, 1974, cap. XV

⁶⁴ Precisamente el hecho de que el viaje del monje Bernardo finalice en el Mont Saint Michel y la reseña de doce líneas que le dedica al lugar ha hecho pensar que el monje Bernardo fuera natural de esa región.

⁶⁵ Eso sí, será el primer relato de peregrinación que cuente, vinculándolo a la liturgia de la Semana santa, el encendido milagroso de la lámpara del Santo Sepulcro en el día del Sábado Santo; noticia de la que se hará eco Guillermo de Malmesbury en su *De Gestis Regum Anglorum*.

⁶⁶ La respuesta exigiría una investigación más detallada sobre la estilística del texto, pero ello no entra en este trabajo. Adelantemos ahora solamente que nos extraña más la continuidad del cambio de persona verbal, una vez producido, que el cambio en sí pues éste no es extraño en esta clase de textos; sucede, por ej., en la obra “Embajada a Tamorlán” según señala B. Taylor, “Los libros de viajes en la Edad Media Hispánica: bibliografía y recepción”, en A. Augusto do Nascimento-C. Almeida Ribeiro (Eds.), *Actas do IV Congresso da Associação Hispanica de Literatura Medieval*, Lisboa, 1991-93, vol. I, p. 57.

también en las lenguas modernas⁶⁷. Y alguna de las obras latinas de esos siglos, como las de Theoderico, Saewulfo o Juan de Würzburg, cuentan entre las principales⁶⁸.

* * *

Pues bien, toca finalmente preguntarnos: de la literatura que venimos examinando ¿qué se produjo en nuestra Hispania en la Antigüedad Tardía y en la época medieval?

La aportación hispana a la literatura latina de peregrinación a Tierra Santa en las épocas citadas es muy digna de tener en cuenta⁶⁹. En efecto, para el *Itinerarium Burdingalense*, el *De Situ Hierosolymitanae urbis atque ipsius Iudaeae* y el *De Situ Terrae Sanctae* atribuido a Teodosio, producidos fuera de Hispania, ya hemos indicado o redacciones – recensiones hispanas o testimonios manuscritos importantes. Y para la obra más representativa e importante de la Tardía Antigüedad, la *Peregrinatio Egeriae*, también señalamos ya el más que probable origen hispano de la autora, la aportación de los fragmentos conocidos como “excerpta matritensia” y el interesantísimo comentario a la peregrinatio egeriana que es la carta de Valerio del Bierzo.

Además tenemos un pequeño texto (12 ls. impresas) con el *fragmento de un Itinerario*, en el sentido clásico y más restrictivo del término⁷⁰. Su autor es verosimilmente hispano pues hace partir el recorrido de Cádiz. Indica el recorrido desde esta ciudad hispana a Constantinopla por una de las rutas romanas, pero señalando tan solo los nombres de las principales ciudades o lugares del recorrido indicando la distancia, en millas, entre los mismos. Según Z. García Villada podría ser del periodo que va del s. IV al 711.

⁶⁷ Recuérdese, por ej., nuestra “Fazienda de Ultramar”. Modernamente se sitúa la composición de esta obra en torno al año 1230 y se cree que es o la traducción de la misma obra previamente escrita en latín o una traducción de la obra de Fretellus, el *Liber Locorum Sanctorum Terrae Sanctae*. Cfr. F. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, I, Madrid, 1998, p. 113-115.

⁶⁸ Ciertamente surgieron a la vez otras nuevas vías de expresión que en algunos casos se solapan en mayor o menor grado con los géneros hasta aquí vistos, aunque en otros casos se diferencian claramente. Tales vías serán las Crónicas de las Cruzadas, que también a veces se titulan “Itinerarium” o “Peregrinatio”. Obras como la “Hierosolymita” de Equeardo (escrita en 1106-07), la “Historia Hierosolymitana seu gesta Francorum Jerusalem Peregrinantium” de Fulquer de Chartres (1059-1127), los “Gesta Tancredi” de Raoul de Caen (1080-1131) o el “Itinerarium peregrinorum et gesta regis Ricardi”, del canónigo Ricardo de Londres (s. XII), coinciden en alguna medida con los relatos de peregrinación, que, no lo olvidemos, puede ser individual pero también colectiva. Entre otras coincidencias entre unas y otras obras tenemos, por ejemplo, la de la gran atención a la “descriptio” topográfica de Jerusalén y otros lugares de Palestina.

⁶⁹ Dada la rapidez del siguiente recorrido por la aportación hispana y el corto, aunque significativo, número de piezas de la misma, seguiré ahora un orden meramente cronológico. Y, de otro lado, sobrepasaremos también el cuadro cronológico inicialmente fijado y seguido, el cual abarcaba la Tardía Antigüedad y la Alta Edad Media; pero lo hacemos movidos por uno de los puntos de interés que ha guiado nuestro trabajo, el de destacar las conexiones de esta clase de literatura con Hispania. Finalmente diremos que por razones evidentes (nuestro trabajo está dedicado a la literatura de peregrinación a Tierra Santa) no podemos detenernos aquí en esa obra, extraordinariamente valiosa, que es la guía del Peregrino a Santiago de Compostela, a lo que parece, escrita o compilada por un francés, Aimeric Picaud, pero puede que recogiendo materiales hispanos y por encargo del obispo de Santiago.

⁷⁰ Nos lo ha transmitido el código 1358 (antes J-86) de la Biblioteca Nacional de Madrid y ha sido publicado por Z. García Villada en “Descripciones desconocidas de Tierra Santa en códices españoles”, III, *Estudios Eclesiásticos*, IV, 1925, p. 439-440.

A esto se suma una pieza de bastante más entidad (dos páginas impresas es su extensión) y de gran interés que nos ha llegado conservada en el códice 14 de la catedral de León. Su autor se llama *Iachintus* y su contenido es el relato parcial de una peregrinación a Palestina⁷¹. La parte conservada contiene el comienzo del relato autobiográfico en que el autor-peregrino declara el ardiente deseo que siempre tuvo de visitar los Santos Lugares⁷². Después se ocupa ya de la ciudad de Belén y de la descripción de la iglesia de la Natividad; y, en la parte segunda de lo conservado, el autor, tras señalar que en el camino de Belén a Jerusalén se encuentra el sepulcro de Raquel, entra en Jerusalén y se detiene sin prisas en la descripción de la iglesia del Santo Sepulcro. Por otra parte el autor muestra un afán muy llamativo de ser preciso y detallista en las descripciones de las iglesias de la Natividad (Belén) y del Santo Sepulcro (Jerusalén), lo cual es coherente con la arriba señalada declaración programática. Como resultado de esta actitud su escrito se inserta sobre todo en el tipo de las "descripciones", aunque también con elementos del tipo "peregrinatio" o relato de viaje de peregrinación. Curiosamente, a pesar de la brevedad del texto y de la rapidez con que éste avanza, el autor todavía hace un hueco para señalar, en fugaz destello, el estado de la ciudad de Belén que él vio y el aspecto que ofrece la campiña de su alrededor. Por otra parte, *Iachintus* en alguno de los detalles que señala no deja de revelar la credulidad propia de la mayor parte de los peregrinos de estas épocas. De otro lado, nos parece muy posible que el relato continuara en algún otro códice o cuadernillo pues finaliza "in medias res" y sin cláusula de cierre, mientras que sí la tenía al inicio. Pero aquella declaración quasi-programática⁷³ que el autor hace al comienzo de su escrito nos impide abrigar esperanzas de que éste fuera mucho más largo⁷⁴.

Ya indicamos que el relato es autobiográfico con lo que el uso de la primera persona por parte de Jacinto es continuado. Pero ¿quién era este *Iachintus*? Según J. González, en varios documentos leoneses de la segunda parte del s. X figura un presbítero, y además parece que copista, con este nombre⁷⁵ que, no siendo frecuen-

⁷¹ Este códice 14 contiene un Homiliario y nuestro texto ocupa el fol. 5. El texto de la peregrinatio ha sido editado por Z. García Villada, "Descripciones desconocidas de Tierra Santa en códices españoles", II, *Estudios Eclesiásticos*, IV, 1925, p.322-324; J. González, "Iachintus", *Archivos Leoneses*, I, 1947, p. 65 - 79 y J. Campos, "Otro texto de latín medieval hispano. El presbítero Iacintus", *Helmantica*, 8, 1957, p.79-89. Este autor realiza un breve estudio lingüístico del texto.

⁷² En efecto, el autor declara: "Ego Iachintus in Dei nomine sacer Deum invoco testem quanto desiderio alui videndi sanctissima loga..."

⁷³ Y que es del siguiente tenor: "Deum invoco testem quanto desiderio alui videndi sanctissima loga ubi Dominus noster Ihesus Christus natus fuit et ubi pro totius mundi passionem sustinuit, hoc est, civitatem Bethlem et sanctam Iherusalem" Como se ve, el autor no señala aquí el propósito de ver otras ciudades o lugares de Palestina.

⁷⁴ Estas matizaciones nuestras más bien contradicen lo que J. González manifiesta o insinúa al respecto. Cfr. J. González, *art. cit.*, p. 75; artículo, por cierto, el de este autor que, siendo valioso, encontramos con algunos excesos de lucubración.

⁷⁵ J. Campos (en "Otro texto de latín medieval hispano", *cit.*, p.79, n.2) dice que en la copia del Becerro de Sahagún (año 1110) existente en el Archivo Histórico Nacional (ms. n.º1238, fol. 156 v) no figura el nombre de *Iachintus* (el que figura es Julianus), es decir, no figura en el único documento que J. González citaba de forma explícita y concreta como testimonio de este nombre en esta época. Esto resta fuerza, evidentemente, a la identificación que propone J. González; pero este autor dice apoyarse también "en varias escrituras del Tumbo".

te⁷⁶, posiblemente se refiera al "Iachinthus sacer" autor de nuestra peregrinación. Y si ello fuera así, y por las alusiones que el autor hace al estado de la ciudad de Belén y al templo de la Natividad, la peregrinación y su relato se harían después del 966 y antes de finalizar el s. X⁷⁷. Y, de otro lado, J. González piensa que este Jacinto es verosíblemente un extranjero pues dice: "nombre (Jacinto) que parece extranjero... Quizás fuera uno de los peregrinos a Compostela que se quedaban aquí en aquél ambiente tranquilo y acogedor que en León se respiraba". Pero a nosotros nos parece que esta suposición de la extranjería de Jacinto, así como de su condición de ex-peregrino a Santiago, no está suficientemente fundamentada⁷⁸.

Además de lo hasta ahora señalado, tenemos la "*Vita Martini Legionensis*" (Vida de San Martín de León, o, como muchos allí dicen todavía, Santo Martino), escrita por el historiador Lucas de Tuy (también éste, por cierto, peregrino a Roma y Palestina) en torno al año 1250⁷⁹. Recordemos al respecto que muchos santos fueron peregrinos y las vidas que sus biógrafos escribieron recogen sus viajes; de modo que estamos ante un caso nada extraño⁸⁰. Pues en esta vida de San Martín de León 6 de los 24 capítulos de la misma están dedicados a su etapa de peregrino. El santo comenzó su peregrinación, cercano ya a los 30 años, nada más morir su padre; era el año 1154, y no regresó a León, de donde había partido, hasta una fecha

⁷⁶ No es ciertamente de los nombres frecuentes en la documentación leonesa y aún hispana de estos siglos pero tampoco es tan extraño como J. González parece pensar. En efecto, en la documentación del monasterio de Sahagún aparece hasta siete veces, eso sí, a partir del s. XI, éste inclusive (Cfr. J.M. Fernández Catón, *Index verborum de la documentación medieval leonesa*, I-II, Monasterio de Sahagún (857 - 1300), León, 1999, sub. v.). Y otros siete casos encontramos en la riquísima documentación de la catedral de León (775-1300), también posteriores al s. X (cfr. J. M.º Fernández Catón, *Index verborum de la documentación medieval leonesa*, vols. III y IV, León, 2002, sub. v.). No lo vemos en ninguno de los cuadros de antropónimos (en el caso de León tan sólo se incluyen los más frecuentes) que los distintos autores ofrecen para diferentes regiones de la España medieval en el libro de P. Martínez Sopena (Coord.), *Antroponimia y sociedad. Sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XIII*, Valladolid, 1995, obra importante para el tema que anuncia; lástima que no incluya un índice general de antropónimos. Ni lo vemos tampoco para el s. XII en el libro de X. Viejo Fernández, *La conformanza histórica de l'antroponimia asturiana*, Oviedo, 1997.

⁷⁷ El dato "ante quem" para enumerar la descripción de Jacinto sería las destrucciones causadas en Belén y en Jerusalén por el Califa fatimita Alhaken. Otro dato coadyuvante a la datación en la segunda parte del s. X sería de orden lingüístico: el uso de loga por loca, con una sonorización que M. Pidal (*Orígenes del español*, Madrid, 1950, n.º 3, 451, 453, y 592) constata para esa época en la región de León.

⁷⁸ J. González, *art. cit.*, p. 65, se expresa con ambigüedad en cuanto a la extranjería del nombre. Si se refiriera a su etimología, lo que no parece, es claro que "Iachintus" (actual Jacinto) procede del griego Hyakinthos por medio del latín Hyacinthus. Y en cuanto a que este nombre fuera de uso extranjero, por oposición a España, alguno de los indicios conocidos tampoco parecen confirmarlo: por ejemplo, en el trabajo de J. I. Ruíz de la Peña, "La antroponimia como indicador de fenómenos de movilidad geográfica: el ejemplo de las colonizaciones francas en el Oviedo medieval (1100-1230)", incluido en el libro arriba citado de P. Martínez Sopena, no se registra ningún *Iachintus* (tampoco otras formas gráficas de este nombre) para un total de 180 nombres de francos registrados.

⁷⁹ Editada por F.A. Lorenzana en *Martini Legionensis opera*, I, Segoviae, 1782, p.VII-XXIII; edición que reproducen la P.L., t. CCVIII, col. 9-24 y A. Viñayo, *San Martín de León y su Apologética antijudía*, Madrid-Barcelona, 1948, p. 217-263 (junto con la traducción de J. Robles, Salamanca, 1525). En los tiempos recientes tanto la figura de Santo Martino como la de Lucas de Tuy han sido objeto de renovado interés y estudio: cfr. *Santo Martino de León: Ponencias del I Congreso Internacional sobre Santo Martino en el VIII centenario de su obra literaria (1185-1985)*, León, 1987, 711 p., con un buen número de trabajos dedicados a la figura de Santo Martino, su obra y su circunstancia; y sobre Lucas de Tuy: M.L. Hollas, *Lucas of Tuy and thirteenth century León (A dissertation)*, Yale University, 1985 y también *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques medievales*, n.º 24, 2001, p. 201-309.

⁸⁰ Antes hemos recordado la *Vita Willibaldi* escrita por la monja Hugeburc y que incluye el relato de su viaje a Tierra Santa.

que va de 1181 a 1185. En ese intermedio de unos 30 años su itinerario fue largo y complejo. Salió de León para Oviedo, desde donde se dirigió a Santiago de Compostela. Desde allí, y probablemente por ruta, primero terrestre⁸¹ según nos insinúa la vida, y, después, marítima, se fue a Roma donde permaneció toda una Cuaresma, 40 días “in pane arcto et aqua brevi”, probablemente en la primavera de 1155⁸². Después de ser recibido y bendecido por el papa y encaminándose para Palestina, se dirigió a la costa adriática, en la que visita dos célebres santuarios medievales: San Miguel Arcángel, en el Monte Gargano y San Nicolás, en Bari. En esta ciudad embarcó para Tierra Santa y, en navegación feliz⁸³ llegó probablemente a Acre. Fue después a Jerusalén, ciudad en la que vivirá dos años, sirviendo en el Hospital de Peregrinos y visitando los Santos Lugares. Esto sucedía entre la Segunda y la Tercera Cruzada. Luego, y por tierra, emprende el regreso hacia tierras de Europa, deteniéndose antes en Antioquía y en Constantinopla donde compra una casulla de seda. Su biógrafo, Lucas, en la referencia siguiente nos lo presenta ya en Francia, concretamente en París, ante la basílica de San Dionisio; probablemente (dejó después una amplia obra escrita) frecuentó allí la célebre Universidad; seguidamente lo vemos ante San Martín, en Tours y, atravesando el Canal de la Mancha, en las Islas para visitar las tumbas de Sto. Tomás de Canterbury y San Patricio, en Dublín. De nuevo regresa a Francia, dirigiéndose al Sur y visitando los santuarios de San Gil (Aegidius, St. Gilles) en el Languedoc y San Saturnino (Toulouse). Poco después, y ya de camino de regreso a España, fue detenido en Beziers acusado de haber robado aquella casulla de seda que había comprado en Constantinopla. Liberado milagrosamente de la cárcel, por fin y después de ese largísimo periplo, que le ha valido ser llamado por algunos “peregrino universal”⁸⁴, se dirige y llega a su tierra, a León.

Pero ocurre que la información de esta peregrinación se inserta en una narración mayor, la vida del santo, con lo que al no tener finalidad en sí misma y, sobre todo, por los intereses concretos que Lucas de Tuy se propone⁸⁵, el texto es pobre en cuanto al contenido típico del relato de peregrinación: apenas hay datos de las circunstancias materiales y personales del viaje (aunque son interesantes el de la compra de la casulla en Constantinopla, su acusación de robo en Beziers y su estancia en prisión en esta ciudad); no vemos descripción de la topografía de los lugares por él visitados, ni datos históricos de los mismos ni, por ej., informaciones sobre “mirabilia” ni sobre la vida civil contemporánea de los lugares por donde pasa⁸⁶. Por el contrario, el biógrafo, aparte de indicarnos por dónde anda su protagonista, se centra en la actividad ascética de éste en esos lugares, desentendiéndose de casi todos los datos externos o profanos. Por ejemplo, es muy concreto en seña-

⁸¹ Cfr. Vita, c. IV: “deinde (es decir, a partir de Santiago) per caeteras sanctorum ecclesias, maxime ubi eorum sacratissima corpora quiescebant, alacri pergebat discursu”. Probablemente esto sucediera en el tramo hispano hasta la costa, embarcando después hacia Roma.

⁸² Así lo cree A. Viñayo (cfr. A. Viñayo, *Santo Martino de León, peregrino universal*, León, 1960, p. 55 y 62).

⁸³ Cfr. Vita, c. VI: “Inde (desde Bari) prospero navigio vectus Jerosolymam adiiit”.

⁸⁴ Por ejemplo, por A. Viñayo en su libro *Santo Martino de León peregrino universal*, cit.

⁸⁵ Hacer del santo legionense un continuador de la sabiduría escriturística de San Isidoro de Sevilla.

⁸⁶ Sí los hay, en cambio, y abundantes e interesantes, en el resto de esta Vita Martini Legionensis.

larnos los sacrificios que San Martín lleva a cabo en la Cuaresma romana y en el detalle de su bendición por el papa, pero nada nos dice de esas “stationes sanctorum”, iglesias martiriales que continuamente, a pie y entre oraciones, visita “quotidie”, continuamente, todos los días.

Probablemente al siglo XIV pertenece otra pieza latina relativa a la peregrinación a Tierra Santa. Es de autor desconocido pero tiene con España la vinculación, al menos, de habernos llegado en un manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla⁸⁷. De los escasísimos datos que su editor⁸⁸ nos da creemos poder deducir que tal vez estemos ante una recensión hispana de un sumario de lugares de Tierra Santa, de los cuales se indica además las indulgencias que correspondían a la visita de cada uno, recensión que estaría emparentada con otras piezas de este tenor que circulaban por Italia en este siglo⁸⁹. Haremos un breve apunte literario de la misma. El texto (10 págs. impresas) lleva como título “Indulgentie subscribe date fuerunt a beato Silvestro papa ad petitionem Constantini imperatoris, quem baptizaverat, et Helene matris eius”. En él, y según adelantábamos ya, encontramos una reseña de los lugares sagrados de Palestina, Siria y Fenicia. El autor comienza por la ciudad de Jerusalén, de la cual hace, con una minuciosidad y prolijidad que no hemos visto en los textos por nosotros conocidos, el catálogo de cada rincón santo; el resultado es que casi cada palmo de Jerusalén es sagrado⁹⁰ pues cada uno de ellos tenía algo que ver con los hechos narrados en el Nuevo Testamento o, con menor frecuencia, en el Antiguo. A continuación se describen diversos itinerarios, generalmente partiendo de Jerusalén, a lugares santos de las regiones arriba indicadas, procediendo a veces el autor con gran detalle. La sensación que queda en el lector es que el volumen de leyendas piadosas, que se señalan vinculadas a los lugares concretos, no ha cesado de crecer a lo largo del tiempo, mostrando el autor, con su recogida, la misma gran credulidad que se observa en otros autores de esta clase de escritos. El texto, en definitiva, viene a ser una mixtura de itinerario, en el sentido clásico y restringido, y descripción rápida y breve de múltiples lugares, iglesias, capillas, criptas, etc. El autor redacta de forma impersonal (itur, venit, narratur, revertent-

⁸⁷ Se trata del códice misceláneo 7-2-25 (ant. BB-145-16) de la Biblioteca Colombina de Sevilla, fols. 102-122 v.

⁸⁸ Este ha sido M. de Castro en “Dos itinerarios de Tierra Santa de los siglos XIV y XV”, *Hispania Sacra*, X, 1957, textos en p. 451-470. Este estudioso se limita aquí casi solo a transcribir los textos añadiendo únicamente una rápida noticia del manuscrito y su contenido. Queremos señalar que, en esta ocasión, no hemos podido ver ningún catálogo de manuscritos de la Colombina del que poder obtener una más amplia noticia del códice en cuestión, y de su historia.

⁸⁹ Como, por ej., con alguna parte del “Liber peregrinationis ad loca sancta” de Nicolás de Martoni, publicado por L. Le Grand (en “*Revue de L'Orien latin*”, III, 1895, p. 566-669), o con la que el propio M. de Castro transcribe a continuación de la ahora tratada y que figura también en otro manuscrito de la Biblioteca Colombina, el códice 5-1-22, fols. 135v – 142 v. Este autor recoge la nota de la primera hoja del códice, que dice: “este libro se acabó de escribir en Venecia por marzo de 1457”. Del autor nos dice que es desconocido pero que tuvo que realizar su viaje a Tierra Santa entre el 1400 y el 1457. El hecho de que el códice haya sido copiado en Venecia hace suponer que el autor no es hispano, razón por la cual no trataremos ahora sobre este texto.

⁹⁰ En el monte Sión se señalan lugares como aquél en que “calecta est aqua pro lavandis pedibus apostolorum et ad eundem ignem assatus fuit agnus paschalis desideratus manducari cum discipulis”. Y en Belén: “locus ad angulum illius parve ecclesie ubi erat arbor palme habens dactilos recentes tempore partus beate Virginis; que arbor alta, etsi distabat a Virgine, tamen flexit ramos suos usque ad ipsam ut acciperet de fructibus eius”.

dum est, etc...)⁹¹ y la secuencia de los lugares de los diferentes recorridos se une la mayor parte de las veces por mera repetición de fórmulas mínimas (como item in, item ibi, item prope, item locus ubi, item veniendo, etc). La narración, en un latín medieval bastante vulgarizado, es pues, seca y descarnada.

Por otra parte, al catálogo que acabamos de comentar le precede un texto (6 págs.) que el autor titula “modus processionis sancti sepulchri quando adsunt peregrini” al cual sigue otro (2 págs.) “modus processionis in Bethleem et primo descendendo ad sanctum Ieronimum dicendo”, figurando entre uno y otro los correspondientes “explicit” e “incipit”. Y tanto en un caso como en otro lo que encontramos en estos “modus processionis” son los textos litúrgicos, himnos, letanías, oraciones diversas que se utilizaban en ambas procesiones.

Y, para cerrar ya este recorrido, queremos mencionar otra pieza cuya datación es posiblemente del siglo XV. Nos referimos al “*Tractatus de Terra Sancta compilatus a fratre Marino et a fratre Brocardo*”, obra anónima conservada en dos manuscritos hispanos del s. XV⁹². Estudiada por C. Blanco⁹³, esta obra surge de la reutilización de las obras citadas en el título: “*Descriptio Terrae Sanctae*” de Brocardo de Montesión (ca. 1285) y del “*Liber secretorum fidelium crucis super Terrae Sanctae recuperatione et conservatione*” de Marino Sanuto (de 1321). Se trata en principio de una compilación pero, según la citada autora⁹⁴, la intervención del autor hispano sobre el material que maneja, y que supone la utilización de paráfrasis, la valoración de las fuentes que se da de vez en cuando y la presencia de diversos pasajes que pudieron ser originales del compilador, hace que la obra tenga una entidad propia y suficiente para ser editada independientemente del texto de Brocardo.

* * *

Como en el caso de otros varios géneros de la literatura latina medieval lo que se produjo en Hispania en el campo de la literatura de peregrinaciones a Tierra Santa a lo largo de la Tardía Antigüedad y la Edad Media es de un volumen mucho menor que lo producido en otros territorios europeos como Francia, Alemania o Italia. Pero, por las razones ya invocadas, ese escaso número de obras es significativo y puede llegar incluso a brillante si se piensa, como parece que debemos hacer, que Egeria era hispana. De otro lado, habrá que contar con que una buena parte de lo producido se perdiera. En efecto, según vimos ya, era mucho lo que se viajaba a Tierra Santa, lo cual sucedía también desde Hispania, inclusive en el periodo de la Reconquista. Como prueba baste ahora con recordar las muchas noticias de pere-

⁹¹ Sin embargo, el autor pudo ser conocedor real de esos lugares a juzgar por el realismo y el detallismo que muestra en sus descripciones así como por ciertas expresiones del tipo “his visis”.

⁹² Códice XVIII de la librería Gótica del Archivo de la Catedral de Oviedo y Códice 2761 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca.

⁹³ Cfr. C. Blanco, “El *Tractatus de Terra Sancta compilatus a fratre Marino et a fratre Brocardo* (anónimo): “Plagio y originalidad”, trabajo inédito que aparecerá en las Actas del IV Congreso Internacional de Latín Medieval, celebrado en Lisboa, 2005.

⁹⁴ No hemos podido ver el texto cuya edición prepara la citada C. Blanco.

grinación que J. Gudiol sacó a la luz para Cataluña⁹⁵. Seguramente para el resto de los territorios hispanos la proporción no sea tan alta pues Cataluña contaba al respecto con una situación geográfica, y durante algún tiempo también política, de ventaja a la hora de emprender viajes de peregrinación a Tierra Santa. Pero, aun contando con esa cautela, ello nos da un indicio de lo que podía pasar en Hispania. Por ello nos parece lógico pensar que debieron circular también aquí muchas copias de los Itinerarios y Descripciones de Tierra Santa pues es claro que los viajeros las necesitaban y de un modo u otro muchos las conseguirían. Y, por otra parte, cabe también preguntarnos: de tantos como viajarían, ¿solamente dos o tres iban a dar cuenta por escrito de su viaje? ¿Y sólo uno, Santo Martino de León, iba a tener quien contara su peregrinación? Dos consideraciones habrá que aducir a este respecto. Una hace referencia al emisor y es que muchos de los peregrinos eran gente del alto clero y también nobles laicos, es decir, que bastantes de estos peregrinos tenían la capacidad de la escritura. La otra, referida al receptor, es que tales obras se escribían no solo para quienes fueran a viajar sino también para otras gentes que, no pensándolo hacer, encontraban en estas lecturas un motivo de devoción y ocasión para conocer vicariamente aquellos Lugares Sagrados y maravillarse ante ellos.⁹⁶ Todo ello haría que esa literatura circulara en algunos segmentos de la sociedad hispana medieval. Por ello nos parece razonable la suposición de que tal vez sea bastante lo que se haya podido perder. Pérdida, sin embargo, fácil de explicar si tenemos en cuenta que con frecuencia estas obras saldrían de plumas cuyo nombre o renombre sería escaso o poco sonoro y, además, su destino primero y fundamental tendría carácter local, lo que implicaba una escasa difusión y un corto número de copias⁹⁷. Con todo, quizás el tiempo y la investigación permitan sacar a la luz alguna pieza más de esta literatura en Hispania.

⁹⁵ Cfr. J. Gudiol, “De peregrinis i peregrinatges religiosos catalans”, *Analecta. Sacra Tarracomensia*, vol. III, p.93-119. Por cierto, que para el resto de los territorios hispanos faltan, creemos, trabajos como el llevado a cabo por J. Gudiol para Cataluña, trabajos que serían de gran ayuda a la hora de conocer mejor la historia de las peregrinaciones a Tierra Santa. Para Castilla y León conocemos el trabajo de M.C. Torres Sevilla – Quiñones de León, “Cruzadas y peregrinos leoneses y castellanos en Tierra Santa, ss. XI-XII”, en *Medievalismo*, 9, (1999), p. 63-82. Pero este trabajo en modo alguno es paralelo al de J. Gudiol, más rentable para nuestros intereses. El de M. C. Torres Sevilla, aun siendo interesante, se centra solo en cuatro casos de nobles que viajan a Tierra Santa, en algún caso como cruzados, de los cuales intenta reconstruir, siquiera sea parcialmente, su biografía.

⁹⁶ Una declaración explícita y bien reveladora de esta finalidad la encontramos en el *Libellus de locis sanctis* de Theodericus cuando escribe (ca. 1170), al comienzo de su obra: “ea quae de locis sanctis... cedulis et apicibus annotare curavimus ut desideris eorum qui cum corporali gressu illuc sequi non possunt in declaratione eorum que visu nequeunt attingere vel auditu percipiant pro posse satisfaciamus. Hoc autem studio idcirco nos desudasse lector omnis agnoscat ut ex hac ipsa lectione sive narratione Christum in memoria semper discat habere et eum in memoria retinens studeat amare...” (Edic. de R.B.C., Huygens, *Peregrinationes tres*, Corpus Christianorum, C. Mediaevalis, CXXXIX, 1994, p. 143).

⁹⁷ Naturalmente a esta tónica predominante se escapan las obras mejores, o las más difundidas, de esta clase de literatura de cuyo éxito nos habla el número de manuscritos que nos las han transmitido: 47 mss. para la atrás examinada obra de Beda; 27 mss. de los s. XIV y XV para la *Descriptio Terrae Sanctae* de Brocardo de Montesión (1283); 6 mss. para el *De Situ Terrae Sanctae* de Theodosio, etc. Como dato comparativo recordemos que de la famosa Guía del Peregrino a Santiago de Compostela (libro V del Códice Calixtino) nos han llegado 12 manuscritos (Cfr. A. Stones- J. Krochalis, “Qui a lu le Guide du pèlerin de Saint- Jacques?”, en *Pèlerinages et Croisades. Actes du 118^e Congrès National annuel des sociétés historiques et scientifiques*, Pau, 1993).